

Un siglo después de la Invasión sin precedentes: Asia Oriental desde la crisis financiera

Meredith Jung-en Woo*

Resumen

La autora, partiendo de un cuento escrito por Jack London a principios del siglo XX analiza la Crisis Asiática de 1997, sobre todo las consecuencias post-crisis en el ámbito del Asia Oriental y sus repercusiones en Corea del Sur. Uno de los aspectos más innovadores que enfatiza es el rol que juega la economía de la RPChina en este ámbito geográfico, en la medida en que China vuelve a ser el "Imperio del Centro." Además, analiza y aporta en la comprensión del papel que en esta creciente influencia de China en la región cumplen las burguesías chinas de ultramar, en Indonesia, Tailandia, Malasia, Singapur, y por supuesto Taiwán y Hong Kong. Desde esa perspectiva, la autora explica la decisión de Corea del Sur de firmar el tratado de libre comercio con Estados Unidos.

Palabras clave: Crisis Asiática. Imperio del Centro. Burguesías Chinas de Ultramar. Tratado de Libre Comercio

Abstract

[A Century after an Unprecedented Invasion: the Far East since the Financial Crisis] The author, following a short story written by Jack London at the beginning of the XXth century, analyses the 1997 Asian Financial Crisis, emphasizing its consequences for East Asia as well as its implications for South Korea. One of the most innovative features is the role played by Communist China's Economy in this geographical context, to the extent China is becoming again "The Middle Kingdom." Also, the author offers an insight to understand the role of the Overseas Chinese Bourgeoisie (in Thailand, Malaysia, Singapore, and also in Taiwan and Hong Kong) under this increasing Chinese influence over the region. From this perspective, the author explains the signature of a Free Trade Agreement with the United States subscribed by South Korea.

Key words: Asian Crisis. Middle Kingdom. Overseas Chinese Bourgeoisie. Free Trade Agreement.

*Decana del Departamento de Economía y Directora del Departamento de Estudios Coreanos de la State University of Michigan.

Este año marca el décimo aniversario de la Crisis Financiera Asiática de 1997. Pero siempre habrá algo de debate acerca de cuándo realmente comenzó la crisis. La mayoría de los surcoreanos rastrearían su comienzo hacia la corriente de malas noticias económicas que echaron un manto sobre los usualmente frescos días del otoño. Los tailandeses probablemente lo retrotraigan un par de meses más atrás, hasta el inicio del verano, cuando los comerciantes de divisas no pudieron colocar lo suficientemente rápido al *baht* tailandés, planteando una presión insostenible sobre su cotización. Para los indonesios, el núcleo de una crisis que eventualmente dilapidó los logros económicos de las tres décadas anteriores se probó abrumador recién bien entrado 1998. Sin embargo, se sintió el advenimiento de algo grande y horroroso ya en julio de 1997, cuando el Primer Ministro de Malasia, Dr. Mahatir bin Mohamad, responsabilizó a “una conspiración judía a escala mundial”, encabezada por George Soros, por la caída libre de las monedas del Sureste Asiático.

Conspiración o no, el hecho está grabado de manera tan indeleble en la memoria colectiva de los inversores en la región, que el día en que el Mercado de Valores de Nueva York cayó 340 puntos por miedo a la crisis de liquidez disparada por la saturación del mercado hipotecario *sub-prime* en los Estados Unidos, el mercado de capitales de Corea del Sur sufrió su mayor caída en cinco años mientras los pequeños inversores huían del mismo, recordando tiempos pasados. El índice de valores de Indonesia registraba asimismo una caída del 7,7 %. El mercado estadounidense se recuperó luego rápidamente, pero no así los otros.

La Crisis Financiera Asiática fue espectacular tanto por las devastaciones que generó (en un área considerada inmune respecto a las mismas), como por la velocidad de la recuperación. El contagio se había detenido hacia el cuarto trimestre de 1998, y los países que habían sido más severamente afectados –Corea del sur, Malasia, Tailandia e Indonesia– estaban ya más o menos de pie. Aquéllos que han discutido acerca de las causas de la crisis financiera –instituciones hermanas como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que fallaron en ver la causa de la crisis, formadores de política y economistas– podrían coincidir ahora, felizmente, en una cosa: la recuperación fue rápida, tuvo “forma de ‘V’” (Yusuf y Stiglitz, 2001). No sólo eso, la crisis parece haber servido para un propósito útil. Hoy en día, las arcas del banco central de estas economías rebosan de divisas extranjeras, que pueden ser utilizadas para defender sus monedas y, a través de acuerdos *swaps*, para socorrer las monedas bajo presión de otros países. Esta autoayuda mutua está asimismo ocurriendo en la afirmación del Este Asiático sobre la declinación de la economía estadounidense, volviendo a aquél más resistente para atestiguar –y aún absorber– el choque de la depresión económica en los Estados Unidos.

La crisis financiera conmemorada este año fue una clásica crisis de liquidez, aunque exacerbada por las prácticas institucionales idiosincráticas en los países

afectados. La crisis tuvo todos los requisitos de un *dramatis personae*. Allí estaban los rebaños globales de los administradores de fondos institucionales, que se comportaron como para confirmar el adagio de Engels de que no hay nada más sórdido que un capitalista asustado; los funcionarios del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, empeñados en explotar la ocasión para abrir de una vez por todas a las economías del Asia Oriental –en especial a la surcoreana– independientemente de las causas de la crisis; los funcionarios del Fondo Monetario Internacional, haciendo aquello que se esperaba de ellos –disponer políticas de altas tasas de interés en las economías afectadas– para luego retirarse como las tortugas tras su caparazón, mientras recibían los golpes verbales de los pueblos furiosos alrededor del mundo. El impacto de la crisis fue muy severo –aunque fuera por un tiempo: pequeñas y grandes empresas se fueron a pique por igual, incapaces de afrontar las (ahora altas) tasas de interés, e incapaces de obtener indulgencia de los (repentinamente estrictos) tribunales de quiebra. La legislación protectora de los derechos de empleo de los trabajadores fue demantelada en Corea, conduciendo a una multitud de trabajadores al despido. En Indonesia, los trabajadores ahora migraban de vuelta a las áreas rurales de donde provenían, enfrentados a la súbita interrupción de los subsidios de comida y petróleo –los pilares de las tres décadas del “Nuevo Orden” bajo el Presidente Suharto– y ahora descargaban su ira y frustración sobre las víctimas que habían tenido tan poco que ver con la crisis como la turba iracunda: los negociantes y pequeños comerciantes que venían a ser, por cierto, étnicamente chinos. Así, 1998 puede ser recordado también como el año de los motines y *pogroms*, de una clase nunca vista en Indonesia desde 1965.

Es posible entonces interpretar a la Crisis Financiera Asiática de 1997-1998 como el arrebato local de esas crisis que Charles Kindleberger volviera indelebles en nuestra memoria señalándolas como “manías, pánicos y estallidos”, y que han sido precursoras de lo que eventualmente les siguió: las crisis en Brasil y Rusia de 1998, y de Argentina entre 1999 y 2003. Pero también es posible pensar en los acontecimientos de 1997-1998 como algo único, si no en su sustancia al menos en su significatividad histórica. Sugeriré que la Crisis Financiera Asiática es un *hito histórico*. Con esta crisis, el viejo orden político y económico *entró en llamas* –volveré luego sobre esta metáfora– para ser reemplazado por un nuevo orden, que fue no menos culminante cuando finalmente arribó.

El “nuevo” orden consagrado tras la Crisis Financiera Asiática fue en realidad un orden muy viejo –aquél en el cual China cumpliera una función centrípeta, cuando no su plena función de Reino del Centro. En ese sentido, vale la pena recordar que, para algunos, la Crisis Financiera Asiática no comenzó en 1997 sino en 1994, cuando China abandonó el tipo de cambio oficial para su moneda. Esta depreciación china, que relanzara sus exportaciones, depositó enormes presiones sobre Tailandia. Incapaz de competir de manera efectiva, los tailandeses experi-

mentaron dificultades significativas para exportar sus productos manufacturados, y para honrar sus deudas. Cuando su moneda fue efectivamente anclada al dólar estadounidense, los tailandeses se vieron incapacitados de implicarse en devaluaciones competitivas. Los inversores internacionales, como George Soros, vieron aquí la oportunidad, y con la súbita venta del *baht*, las gallinas volvieron al corral.

En realidad, la *causa* de una crisis financiera es sin embargo un asunto complejo. Existen, probablemente, no una sino muchas causas, y cómo estas causas múltiples conspiran con las condiciones existentes para producir una catástrofe puede ser una cuestión ubicada más allá de nuestros instintos cartesianos por unir los puntos de la manera más eficiente posible. En este ensayo deberé explorar en cambio el significado del orden cambiante en el Asia Oriental que, al menos, *coincidió* con lo que hemos dado en llamar la Crisis Financiera Asiática. La historia que *marcó* la Crisis Asiática fue, como he sugerido antes, una significativa reorientación del Asia Oriental hacia el camino marcado por China, camino tan venerado como súbito en esa coyuntura. La recuperación en forma de “V” que siguió a la vuelta de la crisis puede ser entendida, entonces, en el contexto de la puja de las economías del Este Asiático por un ascenso en un nuevo orden regional. ¿Qué aspecto tiene este nuevo y espléndido orden mundial?

Esta cuestión es análoga a la que planteara el escritor estadounidense Jack London hace exactamente 100 años. London había pasado un tiempo en Corea cubriendo la guerra ruso-japonesa para los periódicos *Hearst* y tres años después, en 1907, publicó un relato corto -no sobre sus usuales páramos yermos de población, sino sobre lo contrario. Se trata de *ciencia ficción*, desarrollada cerca de una centuria después, en un mundo en el que China, atestada de humanidad, se ha vuelto una importante potencia mundial. En la primera mitad del siglo XX, imagina London, China aprendía el arte de la manufactura a la par de Japón, para superar eventualmente a su otrora maestro. Japón, por su parte, entraba en una lenta decadencia, perdía su apetito por la manufactura y se concentraba en su verdadera ventaja comparativa -la estética. Mientras Japón engatusaba al mundo complaciéndolo con ceremonias del té, y con sus magistralmente cultivados *bonsai*, China se catapultaba a la escena mundial como un motor industrial, para desconcierto y consternación de todos. Pero China carecía de interés en los corolarios políticos usuales que Occidente ha venido a esperar de una potencia económica tal. No mostraba interés en la construcción de un ejército verdaderamente moderno y poderoso, o en la armada marítima que podría proteger su interés comercial alrededor del mundo. Mostraba poco interés, si es que alguno, en la conquista en los términos usuales y familiares a través de los cuales todos los imperios ascendían y caían. Con el paso del tiempo el mundo se daba cuenta de la verdad: China no era un imperio ordinario, ya que la demografía jugaba a su favor. Pronto el mundo veía a los chinos traspasar las fronteras de China, al Este hacia California, al Oeste

hacia Europa, al Sur hacia Indonesia, entremezclándose con los otros, en lo que Jack London dio en llamar “La Invasión sin precedentes.”

Esta invasión llevada a cabo por el más incomparable de los imperios, requería de una respuesta –e invasión– también sin precedentes. Si el poder de China residía en su fecundidad, razonaron las potencias occidentales, había una sola cosa por hacer –atacar el problema de raíz. Así, las naciones occidentales conspiraron para desatar un conflicto bacteriológico, diseminando toda clase de gérmenes –viruela, fiebre escarlata, cólera, peste bubónica– sobre China, hasta acabar con los chinos. Luego de completado el genocidio, y tras años de limpieza de lo que se ha tornado en el mayor basurero del mundo, las naciones cómplices del mundo civilizado se reunieron en Copenhague para declarar solemnemente su oposición a otro genocidio, “y nunca más utilizar contra otro los métodos de guerra de laboratorio que se han empleado en la invasión de China.”

En cierto sentido, la ciencia ficción de Jack London es una pieza de época: una imaginación salvaje en una era de “peligro amarillo,” cuando todas las cuestiones de la civilización eran captadas a través del prisma de la raza. Pero en otro sentido, también habla de los miedos que no respetan fronteras temporales, sino que reflejan el desconcierto genuino de todos los que pueden contar –es decir, el problema de reacomodar el espectacular genio comercial y la energía de un pueblo que compone un sexto de la humanidad. La misma aritmética que apunta a la fuente de la autoconfianza de China podría augurar también el bien para la paz mundial –sólo si el resto del mundo pudiera vivir con ella:

China no tiene un sueño napoleónico, y está contenta con dedicarse a las artes de la paz. Luego de un periodo de desasosiego, fue aceptada la idea de que China era de temer, no en la guerra, sino en el comercio... China continuó consumando su civilización maquinista. En vez de un gran ejército, desarrolló una milicia inmensamente más grande y espléndidamente eficiente. Su armada era tan pequeña, que se volvió el hazmerreír del mundo; ni siquiera intentó fortalecerla. Los puertos de trata del mundo nunca fueron visitados por sus buques de guerra. (London, 1993 [1910]: 1238)

La naturaleza sin precedentes del orden mundial chino, interesado como está en el comercio pero sin interesarse en la política de gran potencia, era tan cierta en el siglo XV como lo es ahora. Hace casi seis siglos, el Almirante Zheng He, un eunuco de la Dinastía Ming cuya flota rodeó el mundo –incluyendo al Noreste y el Sudeste Asiático hacia el litoral del Océano Índico, el Medio Oriente y finalmente el África Oriental hasta la actual Kenia– se implicó en un intenso comercio denominado como tributo a la Dinastía Ming, sin pensar ni una sola vez en utilizar la vasta flota a su disposición para la conquista colonial. Hoy en día, la naturaleza del orden mundial chino se parecería de cierta manera fundamental a aquél del

Almirante Zheng He –China permanece mucho más interesada en el comercio y en hacer dinero que en su expansionismo militar.

En ningún lugar es tan dramático como en África el impacto de la invasión humana china. Prácticamente abandonada por los Estados Unidos desde que quedó atrás la rivalidad de la Guerra Fría, y acosada por problemas estructurales que ningún monto de ningún programa de estabilización del FMI ni ayuda extranjera alguna pueden aliviar, la economía africana está recibiendo la más inverosímil inyección por parte de China. El comercio entre África y China alcanzó el año pasado la insólita cifra de 55 mil millones de dólares, y se proyecta que esta cifra suba aún más. Buena parte de este monto gira en torno a los recursos naturales, por cierto. Los chinos están interesados en los beneficios de las minas de manganeso en Sudáfrica, de los yacimientos de uranio en Nigeria, de los pozos petrolíferos en Sudán, de las minas de cobalto en Congo, etc. Pero lo que resulta más incomparable de esta nueva ronda de imbricación económica, son los flujos demográficos.

En Malawi, inmigrantes chinos recientes se encuentran dirigiendo pequeñas fábricas, compañías comerciales y centros de salud. En Costa de Marfil se está construyendo una nueva ciudad capital, cortesía de China. En Angola y Nigeria los chinos están construyendo y reparando ferrocarriles, mientras suscriben grandes contratos de exploración de petróleo en Congo y Guinea. Aún en Chad, probablemente una de las más miserables economías africanas –bloqueada, aislada, inestable, y visitada por guerras civiles recurrentes– los chinos están abriendo farmacias, casas de masajes y restaurantes. En su búsqueda de petróleo, los chinos no desprecian ni aún el más mínimo de los hallazgos, que las compañías occidentales de petróleo probablemente hubieran pasado por alto –y de hecho existe una gran cantidad de estos pequeños hallazgos; uno podría denominar a esto como una nueva ronda del Gran Salto Adelante, sólo que desarrollado esta vez en África. De manera más significativa, los chinos no intentan ser meros turistas, como tantos empleados de las corporaciones multinacionales. Antes bien, piensan quedarse en el lugar, construir caminos, refinerías de petróleo y fábricas de cemento –es decir, se están quedando por un plazo largo.

Mientras la incursión china en África aparece para algunos como una suerte de vuelta a los viejos tiempos e introduce, de manera atípica, sentimientos anticoloniales en lugares como Zambia, es indudablemente cierto que China viene a África sin bagaje colonial alguno. Pero, más importante aún desde la perspectiva de los dirigentes africanos, los chinos estuvieron viniendo también a hacer dinero sin replicar la irritante futilidad de los regalos del Banco Mundial –anticorrupción, pro-pobreza, transparencia– que parecen ser poco efectivos, al tiempo que frotan papel de lija sobre sus rostros. El principio chino de no interferencia en los asuntos domésticos puede aparecer desde otro ángulo como una reprensible indiferencia moral, pero el venerado arte de la política económica exterior de China –el libre

comercio, a falta de un mejor término- está finalmente insuflando vida en el paisaje empresarial de un continente que ha sido golpeado desde los '80 con una serie de políticas de estabilización que desmantelaron, entre otras cosas, la capacidad local de gestión económica.

África, sin embargo, nunca ha sido parte del orden mundial chino, a diferencia del Este o el Sudeste Asiático. Si el *nuevo* orden regional chino o el dinamismo comercial que aglutina al Asia Oriental es en realidad un orden *muy viejo*, ¿qué aspecto tiene el *reciente viejo* orden que ha emergido con la Crisis Financiera Asiática? En un artículo notablemente preciso, Ben Anderson sintetizó una vez la confluencia de acontecimientos fortuitos que volvieron posible los milagros productivos del Sudeste Asiático -los prerrequisitos del crecimiento en el Sudeste Asiático, se podría decir- (Anderson, 1998). Vale la pena retomar su argumento, aunque sea para poner de relieve la magnitud de la transformación ocurrida en los diez años posteriores a la crisis financiera asiática.

El primer aspecto señalado por Anderson es político, y consiste en el apoyo estadounidense a la estabilidad política en la región durante la posguerra, que se tradujo también en el apoyo a gobiernos autoritarios, incluyendo tres décadas del *Nuevo Orden* de Suharto que produjeron el "capitalismo en una familia", dos décadas de las Filipinas de Ferdinando Marcos, y cuatro décadas de apoyo a los duros anticomunistas en el poder en Corea del Sur. Con el final de la guerra de Vietnam primero, y de la Guerra Fría después, el argumento para apuntalar a los hombres fuertes en nombre del anticomunismo se evaporó -con el resultado de que la influencia estadounidense en la región también fue atenuada.

El segundo aspecto es económico, e involucra a la inversión de capital que fluyó desde Japón en los '80 gracias al valor creciente del yen, alcanzando su pico con el Acuerdo de Plaza. Con los Estados Unidos aguantando la situación, manteniendo la apariencia de una estabilidad política, Japón emergía hacia el final de la década del '70 como el inversor extranjero individual más importante en la región. Hubo tanto dinero fluyendo desde Japón como para que este país pudiera visualizar al Sudeste Asiático como su propio patio trasero, al igual que Latinoamérica lo es de los Estados Unidos. Esto indujo la sugerencia, realizada obligadamente en los prolegómenos de la Crisis por Eisuke Sakakibara, Vice-Primer Ministro de Japón para las Finanzas y las Finanzas Internacionales, de creación de un Fondo Monetario Asiático -hasta que los funcionarios del Tesoro de los Estados Unidos le torcieran la mano.

El tercer aspecto es la presencia de empresarios chinos de ultramar en el Sudeste de Asia, el verdadero motor del espectacular crecimiento de la región. De los aproximadamente 27 millones de chinos étnicos residentes fronteras afuera de su tierra ancestral, más del 90 por ciento vive en Asia, y la mayor parte en el Sudeste Asiático. Esto incluye cerca de 8 millones de chinos étnicos en Indonesia, 5 millo-

nes en Tailandia y Malasia respectivamente, 2 millones en Birmania y Singapur, y cerca de un millón en las Filipinas y en Vietnam, respectivamente. En sitios como Tailandia y las Filipinas, los chinos han contraído matrimonio con la población local, y se han asimilado; en todos lados, fueron capitalistas *compradores*¹, los extranjeros indispensables que conectaron a la región con el mercado mundial. Hoy en día los chinos étnicos presiden sobre la vasta riqueza regional en una suerte de división étnica del trabajo, más pronunciada en sitios como Indonesia, donde el poder político es estrictamente el ámbito de los nativos. Lo notable acerca de esta diáspora –y esto está relacionado con el siguiente punto– es que a lo largo de la mayor parte de la Guerra Fría esta relación con el hogar ancestral fue problemática, cuando no inexistente, y distante.

Finalmente, el milagro productivo del Sudeste Asiático ocurrió en el contexto extraordinario del embargo a China desde 1949 –en otras palabras, el crecimiento del Sudeste Asiático tomó tiempo prestado, hasta que China entrara con estrépito en el mercado mundial. Este fue el orden de posguerra fundamentalmente destruido en 1997-1998, de acuerdo con Ben Anderson. Ahora bien, lo he dicho, este orden entró en llamas –metafórica y literalmente.

El golpe de gracia hacia la destrucción del orden de posguerra del Asia Oriental fue una catástrofe ecológica que se acercó a lo apocalíptico en algunos lugares. En los trescientos años de historia registrada de la Oscilación Meridional del Niño² (OMÑ), una de las peores ocurrió en 1997-1998 y tuvo un alcance extraordinariamente largo, extendiéndose desde Siria, Mongolia, China y Corea del Norte hasta el Sudeste Asiático, devastando a su paso varios países en desarrollo, que eran por otra parte ya desafortunados antes de desatarse esta fuerza elemental. Las aberraciones relacionadas a la OMÑ fueron responsables de inviernos severos en el Tíbet, que amenazaron al 20 por ciento del ganado, más 3 millones de cabezas en Mongolia, y auguraron una escasez masiva de alimentos en Tajikistán. En Corea del Norte, la severa sequía de 1997-1998 destruyó inclusive las pobres proyecciones que la precedieron, y acarrió un holocausto que se cobró centenares de miles de vidas –cuando no un millón. En Indonesia, la sequía provocó los incendios devastadores que arrasaron a lo largo de sus bosques resacos, afectando 10 millones de hectáreas, y envolviendo al Sudeste Asiático en humo y niebla. Comenzando en las provincias sureñas de Sumatra y Kalimantan, los incendios duraron seis meses de junio a noviembre de 1997, costando aproximadamente entre 1.600 y 2.700 millones de dólares por perjuicio económico, sin contar los miles de millones en costos globales asociados a la emisión de carbono. Cuando el humo se disipó, el Asia Oriental era otra región, un lugar bastante diferente.

1. En castellano en el original.

2. En castellano en el original.

El “Milagro” que le había gustado tanto al Banco Mundial era un Sudeste Asiático amigable al mercado, no el Noreste Asiático propenso a la intervención, y esto fue predicado en relación al crecimiento económico sostenido desde los ‘80 en niveles del orden de entre el 7 y el 9 por ciento (World Bank, 1998). Luego de 1997-1998, el Sudeste Asiático nunca pudo recobrar el ímpetu perdido; en sus mejores momentos, la tasa de crecimiento no habría de superar el 4-6 por ciento. En otras palabras, la recuperación “en forma de V” no fue seguida por ninguna clase de milagro. Hoy en día, el sitio de honor del “milagro” corresponde a la India, China y Vietnam, que ofrecen una mayor estabilidad política y económica, y tasas de crecimiento sostenido del orden del 9-11 por ciento. Vietnam –que no formó parte del milagro del Sudeste Asiático– ahora sobrepasa a Tailandia en el consumo de cemento, un buen indicador del gasto en inversión.

Políticamente, los gobiernos autoritarios que presidían sobre el rápido crecimiento económico del Sudeste Asiático derraparon. En Indonesia, el Nuevo Orden fue reemplazado por una serie de abúlicos líderes democráticos, reemplazando al capitalismo en una familia por un par más de familias y perpetuando la corrupción, que ahora era simplemente más descentralizada que antes. Indonesia nunca se recuperó del paroxismo que derrocó a Suharto, y que desató los *pogroms* contra los chinos étnicos –para no mencionar los recurrentes atentados en Bali. Tailandia experimentó una serie de cambios de liderazgo hasta que Thaksin Shinawatra, un sino-tailandés que trató de embellecer su autenticidad patriótica creando un partido llamado “Thai Rak Tai” (Los Tailandeses aman Tailandeses), fue derrocado en un sangriento golpe de Estado en 2006. También se forcejeó en el Sur con la violencia política, como en las Filipinas con la insurgencia en su propio archipiélago sureño. En Malasia, el Primer Ministro Mahatir, que tuvo la capacidad intelectual para imponer controles de capital en medio del pánico financiero, ayudando así a evitar una crisis mayor para el país, se encontró sin embargo con dificultades para sostener su base de poder frente a la hostilidad masiva de la comunidad global de las finanzas. Esto, combinado con una serie de errores de cálculo político, finalmente lo obligó a dejar el cargo.

No existe sin embargo una relación necesaria entre la política autoritaria y el crecimiento económico, y no fue el final del autoritarismo lo que terminó con el crecimiento económico de alto octanaje. Pero el final de la Guerra Fría, y la desvinculación política de los Estados Unidos de la región han traído consigo un cambio fundamental en el viejo condominio de la política hegemónica del Sudeste Asiático, en el cual los Estados Unidos proveían el apoyo político y militar, y el Japón proveía los medios financieros. En su lugar se encuentra la influencia crecientemente abrumadora de China, que posee notable interés en el mantenimiento de la estabilidad en su periferia, aunque sea para mantener con vigor su propio ritmo de crecimiento económico. Su necesidad de proyectar una influencia

sustancial más allá de su litoral inmediato está basada en parte en la necesidad de proteger sus rutas marítimas (por otros medios distintos al despliegue de la fuerza, sin embargo). China es el segundo importador mundial de petróleo, más de la mitad del cual transita a través del Estrecho de Malaca. China consume asimismo la mitad del cemento mundial, un tercio del acero, un cuarto del cobre y un quinto del aluminio –buena parte de los cuales transitan por puestos en el camino a través de los estrechos de Malaca, Sunda, Lombok, y Makassar.

Estas preocupaciones geopolíticas, combinadas con el insaciable apetito chino de energía y recursos naturales, ha vuelto inevitable que China recogiera allí donde los Estados Unidos desecharon –a su manera, silenciosa pero efectiva. Justo cuando pierden peso los foros económicos regionales en los que Estados Unidos posee presencia, como el Foro Económico Para el Asia-Pacífico (APEC), el ASEAN+3, que conspicuamente no lo incluye, ha recobrado impulso, y es este último el que dirige todos los espacios económicos importantes –y efectivos– en la región. Y no es del todo irreal anticipar la formación del Área de Libre Comercio ASEAN-China (CAFTA) en el futuro cercano. China está además bregando por la creación de un nuevo foro de seguridad al interior de la estructura global del Foro Asiático Regional (FAR) como alternativa a la serie de acuerdos bilaterales de seguridad que los Estados Unidos mantienen en la región.

Carente de un escenario ideológico y motivada por un intenso pragmatismo, China no dudó en extender la “hermandad” y el apoyo “fraternal” a varios regímenes parias en su periferia, en Birmania y Corea del Norte. Corea del Norte es prácticamente en la actualidad un protegido de China, pero China es además el inversor principal en Birmania, construyendo oleoductos a lo largo del país y hacia Kunming, para acceder al petróleo del Medio Oriente. También colabora con la modernización del ejército birmano, drenando millones de dólares en ayuda.

Luego de que la economía japonesa cayera en el estancamiento económico durante los '90, no son ya los japoneses quienes atraviesan el Sudeste Asiático en busca de inversiones en recursos naturales y manufacturas, y en viajes de turismo. La Inversión Extranjera Directa (IED) japonesa en la zona del ASEAN se mantuvo en U\$S 5.649 millones en 1995; diez años después, se ha caído a la mitad de dicho monto, a U\$S 2.538 millones. La IED proveniente de los Estados Unidos se ha mantenido más o menos estable diez años después de la crisis, mientras surcoreanos y los taiwaneses han aumentado su participación –al igual que los chinos.

Hoy en día, la diáspora china ayuda a unificar a la región del Asia Oriental en un orden económico regional coherente. El largo embargo a China ya no existe, la diáspora china en el Sudeste Asiático está ahora reconectándose con su hogar de origen como nunca antes. Si los inmigrantes que abandonaron las provincias de Fujian y Guangdong en el siglo XIX hablaban dialectos mutuamente incomprensibles como el Hokkien, el Cantonés, el Hakka, el Hainanés y el Teochiu, la nueva

ola de inmigrantes que se están introduciendo en países como Birmania y Tailandia hablan la *lingua franca* del Reino del Centro, el Chino Mandarín. Largo tiempo intermediaria entre el capitalismo occidental y la economía local, esta diáspora juega ahora un papel indispensable a favor del capitalismo chino, profundizando su implicación con el Sudeste Asiático. Es esta diáspora la que provee un vigor renovado a las economías del Sudeste Asiático, probando una vez más que son los "extranjeros esenciales". (Chirot y Reid, 1997)

Entre 1993 y 2001, el comercio de China con el Sudeste Asiático se incrementó en un 75 por ciento anual. Las exportaciones combinadas de China al ASEAN crecieron un 220 por ciento en los cinco años que median entre 2000 y 2005, y en 2004-2005 lo hicieron en un 30 por ciento. Las importaciones combinadas chinas desde el Sudeste Asiático crecieron aún más rápido, al 239 por ciento en el mismo periodo de cinco años (contra un 93 por ciento de las importaciones totales desde el resto del mundo). Y el acuerdo de libre comercio propuesto (CAFTA), que habría de crear el área de libre comercio más grande del mundo para 2010, sólo acelerará la profundización de los lazos comerciales con la relativa exclusión de los productores eficientes fuera del área, como los Estados Unidos y Japón.

No todos los países periféricos a China son optimistas acerca de la creciente influencia económica de este país. Vietnam, a diferencia de otros estados del Sudeste Asiático, fue directamente gobernado por China durante un largo periodo y, recientemente, en 1979, sufrió la invasión china en su frontera septentrional (producida como respuesta a la ocupación vietnamita de Camboya y la persecución de sino-vietnamitas). Es además un país con un férreo nacionalismo, al igual que otro de los países del Noreste Asiático: Corea.

Nadie está más nervioso acerca de la emergencia china en el sistema mundial que Corea del Sur. Los surcoreanos se han preocupado por esta emergencia desde la primera parte de los '80, retorciéndose las manos ante la posibilidad de perder su ventaja competitiva frente a los chinos, e intentando arreglárselas para mantener al coloso chino lejos de la posibilidad de arrollar a Corea del Sur. Este país puede parecer pequeño en el mapa, pero no es un país chico. Siendo la décima economía del mundo, tuvo el incremento de productividad más acelerado del planeta durante la última década, con una población más conectada que cualquier otra, y ansiosa por sobrepasar a Japón y los Estados Unidos en lo que hace a las tecnologías de la información. En los diez años posteriores a la Crisis Financiera Asiática, los surcoreanos se han enfrentado al dilema del nuevo orden sino-céntrico de dos diferentes maneras.

Una ha sido la intensificación de la interacción económica con China, hasta el punto de que China es hoy el principal mercado de exportación de Corea del Sur. El año pasado, las exportaciones surcoreanas hacia China estuvieron en el orden de los U\$S 70 mil millones, mayores inclusive que las exportaciones hacia Japón

o los Estados Unidos. Las importaciones surcoreanas desde China fueron casi de US\$ 50 mil millones, convirtiendo a esta última en la segunda fuente principal de exportaciones. El volumen total del comercio entre los dos países es casi igual, entonces, a aquél entre China y el ASEAN, que alcanzaba los 130 mil millones de dólares en 2005. Corea fue por mucho tiempo un Estado tributario de China, y se encuentra culturalmente en coincidencia con ella; hoy hay más surcoreanos estudiando en China que cualquier otra nacionalidad. (Y Corea del Norte es un Estado protegido por China, dependiendo de esta última para proveerse prácticamente del total de sus importaciones de energía, bienes manufacturados, y buena parte de sus provisiones de alimentos.)

Lo que resulta más sorprendente e interesante es la segunda respuesta de Corea del Sur al orden regional chino emergente. Justo cuando se estrecha la relación comercial a través del Mar Amarillo, los coreanos están emprendiendo un esfuerzo concertado para acercarse a los Estados Unidos como forma de contrarrestar la influencia china, y el mejor ejemplo de esta política es el Acuerdo de Libre Comercio entre Corea y los Estados Unidos firmado este año. Este acuerdo constituye un rechazo radical del intervencionismo previo de Corea, en tanto el "Estado desarrollista" más famoso del mundo se transfigura a sí mismo en una nación comercial modelo. En otro sentido, esta es también la más audaz de las iniciativas de política industrial por parte de Corea. El gobierno coreano ha decidido que el país no puede competir a la par con los chinos sin una masiva renovación de su economía y su sociedad -básicamente, fusionando su economía con la de los Estados Unidos.

Cada país en el Asia Oriental tendrá que encontrar su propia respuesta al orden regional emergente. La respuesta de Corea del Sur resuena en su historia -la íntima coexistencia con los chinos- al tiempo que se implica profundamente con los Estados Unidos, en un acto de equilibrio. Los coreanos tienen mucho que perder si desmantelan todas las barreras comerciales con los Estados Unidos. Corea ha mantenido un arancel promedio del 11,2 por ciento, tres veces más alto que el arancel promedio estadounidense, del 3,7 por ciento, y aún así Corea está arrojando ahora el guante, permitiendo un Desembarco en Normandía de empresas estadounidenses en todos los sectores en los que EEUU posee ventajas: telecomunicaciones, servicios financieros, farmacéutica, servicios legales, contabilidad, industria audiovisual, mensajería *express*, artículos médicos, bancos, seguros -para no mencionar a la agricultura. No sólo eso: los coreanos han asegurado a los Estados Unidos un verdadero último grito de la moda en protección de marcas y propiedad intelectual estadounidense, sanción de la piratería y falsificación, así como la completa transparencia en las gestiones gubernamentales. Otrora feroces en la implementación de política industrial, los coreanos son hoy feroces implementadores del libre comercio -y en este aspecto ellos tienen una cosa o dos que

enseñarles al mundo acerca de cómo coexistir con China, lo que han hecho por milenios.

Para Jack London, un socialista con toda clase de anteojeras acerca de la raza, no había protecciones privilegiadas frente a la nube de la siempre prolífica raza china y su influencia económica, un caso de pensamiento racista disfrazado de geopolítica. Pero no todo es tan diferente respecto a lo que los expertos piensan es un “ascenso de China,” saludándolo. Para aquellos que han vivido largo tiempo en la periferia del Reino del Centro, sin embargo, el desafío de la invasión sin precedentes de China adquiere una tonalidad diferente. De las ruinas dejadas por la Crisis Financiera Asiática y el colapso del acuerdo de posguerra que alguna vez allanara el camino para el milagro económico, los coreanos y los asiáticos del sur vieron en el mismo “ascenso de China” una oportunidad sin precedentes para el comercio; y la tomaron. Es una solución práctica para la gente que ha tenido que convivir hoy en día con la más pragmática de las potencias mundiales, como lo hizo en el siglo XV. No hay razón para que el resto del mundo no pueda vivir igual que ellos.

Traducción: Gustavo Santillán

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1998), “From Miracle to Crash”. *London Review of Books*, 27 de abril, 20 (8).
- CHIROT, Dan; REID, Anthony (eds.) (1997), *Essential Outsiders: Chinese and Jews in the Modern Transformation of Southeast Asia and Central Europe*, Seattle. Washington: University of Washington Press.
- LONDON, Jack (1993 [1910]), “The Unparalleled Invasion”. En Labor, Earle, Leitz III, Robert C. y Shepard, Milo (eds.) (1993), *The Complete Stories of Jack London*, vol. 2. Stanford: Stanford University Press, p. 1238.
- WORLD BANK (1993), *The East Asian Miracle: Economic Growth and Public Policy*. New York: Oxford University Press.
- YUSUF, Shahid; STIGLITZ, Joseph (2001), *Rethinking the East Asian Miracle*. Nueva York: World Bank Publication, Oxford University Press.